

al presidente de los tribunales reales ocho ó diez asesores, nombrados de entre los magnates, y quedó para los Húngaros como un proverbio: *Desde Corvino ya no hay justicia*. Beatriz de Nápoles, su mujer, le incitó á tener mayor lujo y refinamiento en la corte, y circundándose de literatos, quiso hacer de la Hungría otra Italia (1). Estimaba mucho principalmente á Antonio Bonfilio de Asconi, que escribió una historia de Hungría, que puede rivalizar con la de Tito Livio, es decir, elegante y fabulosa, y en la cual por huir de toda palabra nueva desfigura las ideas (2). Matías protegió mucho la astrología, la arquitectura, la táctica y las bellas letras; fundó la universidad de Buda, á la cual concurrían cuarenta mil estudiantes, que se reunían con los maestros y criados en un inmenso recinto, con graneros, hospital y todo lo que pudiese hacer falta: creó también una biblioteca con una asignación de treinta mil ducados al año, y haciendo comprar todos los libros impresos y copiar los manuscritos, la enriqueció con cincuenta y cinco mil volúmenes, número que no poseía entonces ninguna otra.

4490. Solo su muerte permitió á Maximiliano recobrar el archiducado de sus antepasados, y además entrando en Hungría, consiguió el derecho eventual á aquella corona que sus sucesores unieron á la hereditaria.

## CAPÍTULO XV

Suiza.

Las países de donde era oriunda la casa de Austria sacudieron el yugo y se constituyeron una libertad verdadera.

Los montes de que descienden los ríos á la Italia y á la Alemania Occidental, habían sido visitados por los soldados romanos; las riberas del Lemán vieron huir á las águilas latinas ante los Cimbrios. César acudió para impedir á los Helvecios que penetrasen en la Galia, con cuyo objeto se habían puesto en movimiento, después le haber prendido fuego á sus aldeas, y los derrotó y obligó á volver á su abandonado país. Los Retios y los Vindélicos, que habitaban lo que hoy se llaman Cantones de Uri, San Gall, Apenzell y Grison, dieron pruebas de ser terribles enemigos de la Roma imperial, hasta que aquietados, quedó dividida la Helvecia entre Italia, Galia y Germania, guarnecida de castillos contra las invasiones de los Bárbaros. Sin embargo, ocuparon estos algunos países; los Borgoñones se establecieron en el Occidente de Berna, en Friburgo, Valesia, Saboya y el Delfinado, mién-

(1) Bonfilio dice *Rerum Hungaricarum* Dec. IV. « Pannoniam Italiam alteram reddere conabantur... Varias quibus olim carebat artes, eximiosque artifices ex Italia magno sumptu evocavit... Olitores, cultores hortorum, agricultoresque magistros, qui caseos etiam latino, siculo, graeco more conficerent. »

(2) J. A. FESSLER, *Matthias Corvinus*. Bresl. 1806. — S. HORVAT, *Vertheidigung Ludwigs I und Matthias Corvins*. Pesth, 1815.

tras que los Alemanes habitaban en la Argovia, en las orillas del Reuss, del lago de Constanza y del Rhin hasta Colonia; estos guiaban los rebaños y los Borgoñones cultivaban los campos; aquellos destruían las ciudades y estos se civilizaban. La Retia pertenecía al gobierno de Italia, y habiendo recibido en su seno menos extranjeros, conservó mucha parte del lenguaje latino, mientras que en la parte occidental se introdujo una variación del francés, y en el Oriente el alemán, en los valles de Aar y lago de Constanza. En la división que hizo Carlo Magno, parte del país pertenecía al ducado de Alemania y parte á la Borgoña de mas allá del Jurá.

Ya hemos referido al hablar de Francia los acontecimientos de Borgoña.

Si hay un país en que la civilización sea una obra de la religión, son verdaderamente aquellos montes, en que cada convento era, no solo un centro de santidad y de instrucción, sino de comercio y de industria, trasformándose bien pronto en una ciudad. Gall y Sigeberto iban hasta desde Irlanda y Escocia á fundar en las orillas del Rhin abadías, que llegaron á ser después Sangall y Dissentis, refugio del oprimido y al mismo tiempo del saber, y donde se debía escribir por primera vez la lengua alemana, y oirse los primeros poemas caballerescos. La ermita situada cerca del lago de Zurich, donde predicaba el piadoso Meinrad, fué después el magnífico convento de Einsiedlen: Ruprecht fundó otro en el sitio en que el Limmat se trasforma de arroyo en río, y otro Wickard, donde el Reuss sale del lago de los Cuatro Cantones; estos dos conventos son hoy las ciudades de Zurich y Lucerna: la celda de un abad (*Abt-zell*) dió origen á Apencell, y la de San Hilario á Gláris. En la Helvecia Romana florecían las abadías de San Mauricio, de Payerne, de Romans-Moutiers, de San Ursino y de Losanna.

Los pastores y cazadores de los alrededores erigían sus cabañas cerca de la casa de los siervos de Dios, y como en todas partes los monjes enseñaban á vivir moralmente, á abrir los bosques, á regular el curso de los torrentes, á sanear los pantanos, crearon así la riqueza del país, que hoy les niega un asilo. Cuando los Húngaros devastaban la Europa, no parecieron las montañas un baluarte bastante seguro contra su furor, y fué necesario proteger con fosos y murallas las aldeas, á las cuales se retiraban los campesinos á la menor amenaza, de modo que castillejos en que no había mas que un fanal para guiar á los caminantes, ó una dársena para refugio de los barcos, se trasformaron en ciudades (Lucerna, Schaffhouse) que rivalizaban con las antiguas de Ginebra y Losanna, formándose en ellas comunidades de hombres libres, gobernadas por patricios. Varios condes obtuvieron el gobierno y después el dominio, y el sistema eclesiástico y el feudal contribuyeron á aumentar la población, cuya historia se confunde con la de los reinos limitrofes.

Tanto la parte alemana como la francesa dependían del imperio; aquella como una porción del reino de Alemania y esta como provincia del reino de Arles, que estaba gobernada por los *rectores de Borgoña*, dignidad hereditaria de la casa de Zäringen. Cuando terminó esta raza en 1218, las familias aliadas con ella y dependientes inmediatamente del imperio, ó bien los señores eclesiásticos investidos por el emperador, se repartieron sus dominios; las posesiones de Suabia tocaron á los condes de Friburgo y de Furstenberg, y parte de ellas en Suiza á los condes de Kiburg; el conde de Saboya tomó el país de Vaud, y el clero y los nobles las ciudades de Suiza. Otro tanto sucedió cuando los Hohenstaufen cesaron en el gobierno de la Suiza Alemana, de modo que todo el país estaba desmenuzado en señoríos eclesiásticos ó legos, y solo existían los municipios en las ciudades dependientes del imperio. Tampoco era muy poderoso el emperador, porque todo estaba en feudo, á excepcion de los cantones campestres, y el Hasli, que se gobernaba por leyes propias, y la Turgovia Occidental, menos la parte que estaba sometida al obispo de Constanza. El abad de San Gall tenía el Rhintal y Apencell: la ciudad de Losanna pertenecía á su obispo, y el de Basilea tenía derechos soberanos aunque no era un verdadero señor; Lucerna dependía de la abadía de Murbach en Alsacia; el cabildo de San Seges en Lucerna dominaba en una parte del Unterwald; lo restante de este y los cantones de Uri y Schwitz estaban sometidos al cabildo de Munster en el Ergau. En el siglo XIII había en Suiza cincuenta condados, ciento cincuenta baronías y mil familias nobles: Losanna, Friburgo, Ginebra y Berna gozaban privilegios y franquicias, y especialmente Basilea Schwitz, que después dió nombre á todo el país, á la sombra del monasterio de Einsiedlen, gozaba sin ser notado de libertad, recibiendo enviados expedidos por el emperador, y se asociaba con Uri y Unterwald para rechazar al que atentase contra ella, ú ocasionase cualquier disputa por motivo de pastos.

4491. Las constituciones de estos Estados eran muy variadas participando de feudales y patriarcales. El movimiento feudal se consumó en Suiza como en los demas países; tratando los bailes imperiales de destruir la tiranía de los barones alzándose con los pequeños en contra de los grandes, con la muchedumbre en contra de los señores, y elevando las fortalezas de las ciudades contra los castillos señoriales. Los señores de Zäringen fueron de los que con mas ánimo trataron de destruir el feudalismo, y Bertoldo V, de esta familia, fundó á Berna, rodeando de un muro la primitiva población, situada en las orillas de Aar, cubiertas de sombríos abetos, y labradas por pobres siervos. Sometida esta ciudad inmediatamente al imperio, se mandó que todo noble que comprase en ella una casa fuese empadronado como ciudadano, de modo que se reunieron muchos artesanos

del contorno: el obispo de Losanna construyó una iglesia, y aunque la ciudad no poseía mas que algunos pastos y algun bosque, rechazaba al que atacaba sus franquicias. Veintisiete años después de la fundación murió el último Zäringen, y fué reconocida la libertad de Berna por una carta de Federico II. Los ciudadanos entraban en la mayor edad á los catorce años; á los quince juraban ser fieles al imperio, á la ciudad y á los magistrados, y todos se obligaban á socorrerse recíprocamente. Cualquier ciudadano podía provocar el juicio por el duelo ó ante los tribunales, por causa de homicidio, y podían hacer justicia por sí mismos cuando fuesen atacados en su propia casa, ó cuando entrase en la ciudad un forastero que les hubiera ofendido. En las disputas, especialmente con los forasteros, tomaban parte todos, no buscando la razón, sino lo mas conveniente al decoro de la ciudad. Cada año elegían un preboste y consejeros; un oficial decidía los asuntos concernientes á la guerra, la hacienda, las tutelas y las sucesiones, y solo el emperador podía abolir la sentencia. Un estatuto mandaba que el hijo que habitase con su mujer en la casa materna, cediese á su madre el primer puesto en el hogar.

Muchos de los señores que habían acudido á hacerse ciudadanos de Berna, desde el Oberland, la Argovia y el Uchtland, conservaban sus antiguos castillos; formando así una confederación que se extendía desde Soletta hasta la cumbre de los Alpes, y que tan poderosa por las armas como por el comercio y las artes, elevó esta ciudad á la altura de las mas principales. De aquí provino el carácter de aquella población, en la cual coexistieron sin fundirse ni aborrecerse los plebeyos emancipados y los señores que dominaban en los castillos y eran ciudadanos en la ciudad. Consideraban á esta como una roca guarnecida por los artesanos, adonde se refugiaban en tiempo de guerra para hallar fuerza en la unión: mas después se acostumbraron á las comodidades de la ciudad, y en la quietud absorbieron todos los poderes ó en la guerra hicieron á Berna mas guerrera que cualquiera otra nación.

Zurich, centro de las expediciones á Italia, Alemania, los Países Bajos y parte de Francia, era gobernada en comun por un consejo unido á jueces eclesiásticos; admitía como ciudadano al que jurase servir á la república por diez años á lo menos con la cabeza, con los brazos, con dinero y comprar y edificar una casa. Al toque de una campana se reunían en una altura para discutir acerca de los intereses públicos, de la guerra, del precio de las mercancías y del emperador que debían reconocer: cada cuatro meses se renovaba el consejo, compuesto de doce caballeros y veinticuatro aldeanos, que gobernaban ejerciendo el poder ejecutivo y administrando la justicia. Los ciudadanos enriqueciéndose pasaban á ser caballeros, sin mudar de nombre, ni abandonar su tráfico; ni tampoco aunque vivían del comercio olvidaban el estudio

y las musas. Era castigado el que instituía cualquier sociedad ó hermandad, á excepcion de las de artesanos. Si se enemistaban dos ciudadanos, ambos eran desterrados. El que mataba á otro perdía los derechos de ciudadano y los bienes; y si era forastero, la vida. No había instancia del ofendido para castigar la injuria. El abogado imperial solo tomaba parte en el consejo cuando era llamado, y le pertenecian las causas en que había efusion de sangre. No podian asistir á las bodas mas de veinte matronas, dos oboes, dos violines y dos cantores.

Entre los condes inferiores prevalecian al Sudoeste los de Saboya, en el centro y Septentrion los de Kiburgo, Tokenburgo y Habsburgo. Esta última familia se elevó cuando Rodulfo, que fué emperador, agregó á sus antiguos dominios los de Kiburgo y Lenzburgo, y las adquisiciones y las compras le sugirieron la idea de formar un nuevo ducado de Suabia, ó resucitar el reino de Borgoña, que destinó á su segundo hijo, despues de haber dotado al primero con los bienes del imperio. Los Suizos, pues, le miraban con temor, porque atacaba sus franquicias, y respiraron cuando le sucedió en el trono imperial Adolfo de Nassau. Pero cuando murió este, los cantones silvestres de Schwitz, Uri y Unterwald, que estaban sometidos inmediatamente al imperio, renovaron su antigua alianza y enviaron diputados á Alberto I de Austria, pidiendo que les confirmase sus privilegios. Alberto, enemigo de las franquicias, respondió que bien pronto se cambiaria su constitucion; porque meditaba obligarles á someterse, como los demas países, á la proteccion, es decir, al dominio de la casa de Austria. Los tres cantones se opusieron á esto abiertamente, pidiendo al emperador que les mandase un abogado imperial con jurisdiccion de sangre; pero Alberto envió dos comisarios austriacos, Gessler de Bruneck, y Berenguer de Landeberg, los cuales no debian, como los antiguos, visitar solo un par de veces al año el país para celebrar los juicios, sino permanecer en él y ejercer rigurosamente su autoridad, esperando que los pueblos indignados contra la administracion imperial invocarian la austríaca.

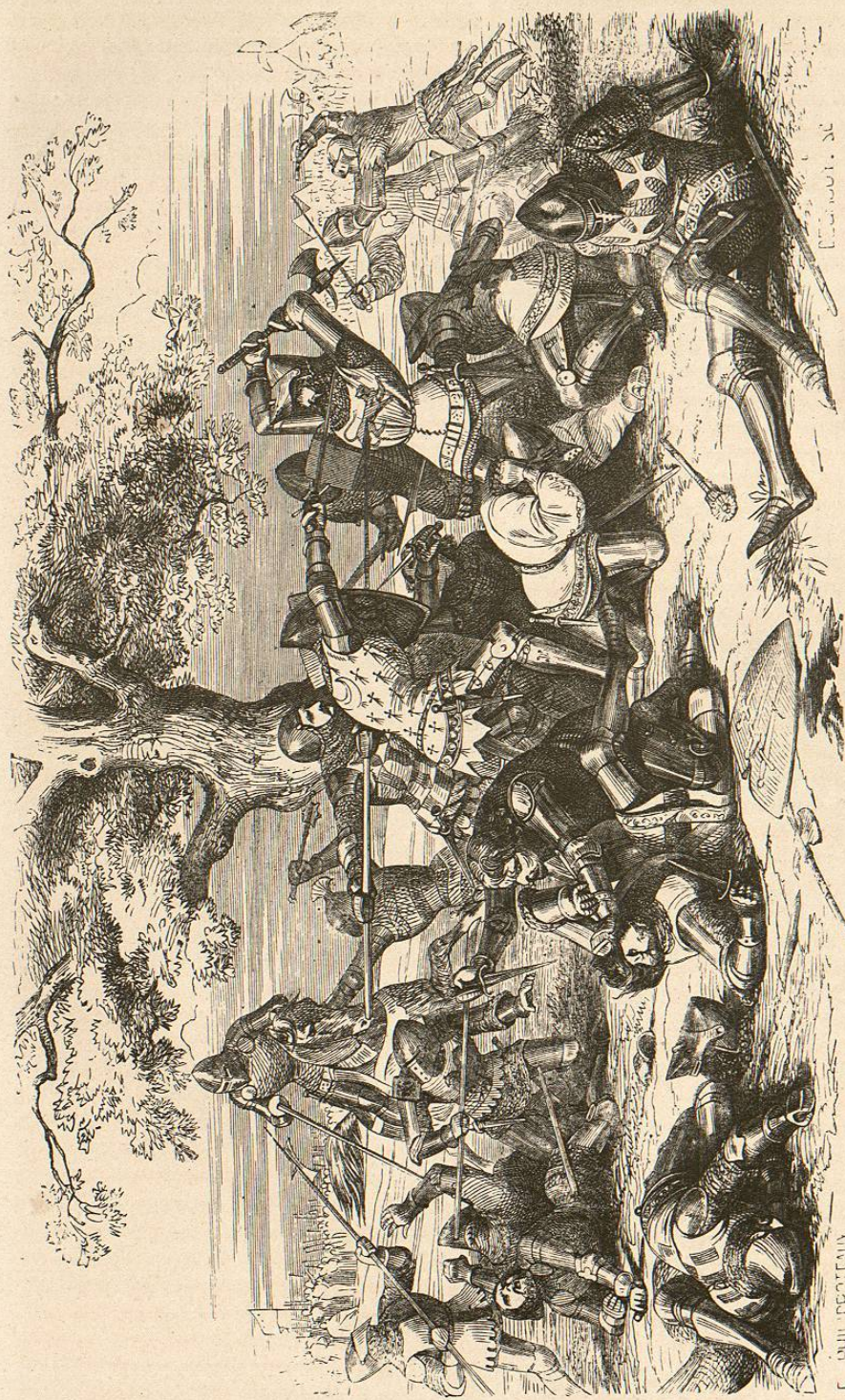
Secundando tales designios, ordenaron los bailes que para ellos fabricasen los naturales residencias fortificadas; aumentaron los derechos de peaje, castigaban sin piedad, y vilipendiaban las familias antiguas, nobles pero de sencillas costumbres; Alberto impuso despues derechos sobre todo lo que entrase en los cantones proviniendo de sus Estados, y prohibió que ningun producto de aquellos se introdujese en estos. Wolfenschiessen, Suizo, fautor de los extranjeros, requirió de amores á la mujer de Baumgarten y este le dió muerte. Gessler al ver la casa que fabricaban en Steinen los Stauffacher, dijo: «¿Qué oficio produce á estos nobles?» ordenávacas lo necesario para hacer estas «habitaciones?» y luego hizo robar sus bueyes á Arnolfo de Melchtal de Unterwald por no sé qué desobediencia, diciendo: «Estos villanos

» saben arrastrar por sí solos el arado.» Melchtal defendió sus bestias, dió de palos al empleado que fué á buscarlas, y huyó á Uri; pero Gessler tomó de aquí pretexto para castigar á su padre, firme defensor de las libertades patrias, al cual mandó dejar ciego. El hijo de este, refiriendo tan bárbara accion, excitó la indignacion del baron Walter Furst de Altinghausen, muy querido en Schwitz por su moderacion y patriotismo, quien con Werner de Stauffacher concertó los medios de resistir la creciente tiranía de los Habsburgueses. Conocieron que no había mas que uno solo, que era estrechar mas y mas los lazos de union. Por tanto, reuniéronse una noche con sus amigos en Rutli, lugar retirado, situado en el lago de los Cuatro Cantones y levantando el dedo juraron: «En el nombre de Dios que hizo al emperador y al ciudadano, y del cual se deriban los derechos de los hombres, no harémos daño á la casa de Habsburgo ni en sus bienes ni en sus derechos; economizarémos la sangre, pero defenderémos de consuno nuestros derechos.»

Contábase entre los conjurados Guillermo Tell de Burglen, yerno de Walter Furst, conocido por su carácter franco y por su certera punteria en el arco. Habiendo ido á Altorf, vió puesto sobre un palo un birrete al cual había mandado Gessler que hiciese acatamiento todo el que pasase, quizá con el objeto de sondear los ánimos, pues había entreoido algo de la conjuracion. Guillermo se negó á semejante humillacion, y Gessler le mandó prender, y odiándole por ser buen patriota, le condenó á muerte; despues, sabiendo su habilidad en el arco, le prometió la vida si atravesaba una manzana puesta sobre la cabeza de un hijo suyo. Tell acertó el tiro, pero confesó al tirano que para el caso de que le hubiera errado tenia preparada otra flecha para él. De aquí tomó pretexto Gessler para condenarlo á prision en Kussnacht de la otra parte del lago: quiso conducirle él en persona, pero cuando llegaban cerca de Rutli, se levantó entre las gargantas del San Gotardo el tremendo viento *fohen* que alborotó de tal manera el lago que la nave corria inevitablemente á su pérdida. Tell tomó entónces un par de remos, ganó la orilla, saltó en tierra y empujó la barca á las olas. Gessler, que á duras penas se había salvado, iba amenazándole, cuando la flecha de Tell le atravesó (1).

(1) En la crónica de Saxo Gramático, que murió un siglo antes de Tell, se refiere el mismo hecho como sucedido á Toko, en tiempo de Araldo Blaataud, rey de Dinamarca, en el siglo X. En 1760 se imprimió en Berna *El Guillermo Tell, fábula danesa* en que se referia este hecho antes del otro para negar fe á la historia nacional; levantóse contra esta obra una reprobacion universal: su autor desconocido fué condenado á muerte en contumacia y refutado por muchos, entre los cuales se cuentan Baltasar de Lucerna en la *Defensa de G. Tell* y el hijo del famoso Haller en el *Rede über Vilhelm Tell*. En el día se cree que el autor del libro anónimo fué V. Freudenberger, ministro de Ligerz, y lo que en él pareció delito de lesa nacionalidad vivo á ser casi comun opinion, tanto mas cuanto que tambien se ve atribuido el mismo hecho á un Guillermo Tell con un conde de Seedorf, Urano, familia extinguida en el siglo XII, y ademas que en la serie de los gobernadores de Kussnacht no se encuentra Gessler.

1307,  
7 de  
nov.Guiller  
mo  
Tell.



BATALLA DE MORGARTEN.

IMP. S. RAISON.

F. PHILIPOTEND.

... se acordaron ciertos y aumentaban sus ami-  
 gos... las batallas... las victorias que aseguraron  
 la independencia... y la llegada de nuevos her-  
 manos.  
 Descubrió... Alberto II de Austria  
 sujetar á Zurich, y con treinta mil infantes y  
 cuatro mil caballos... pero tuvo que  
 avenirse á un tratado de paz... sin  
 embargo, intercaló cláusulas que... una  
 señoría sobre los cantones suizos... de donde  
 resultaron motivos de desavenencia.  
 Entretanto era acusada Berna de ser enemiga  
 de los barones, y de excitar el descontento entre  
 sus súbditos, por lo cual los señores del Ober-  
 land y de la Argovia se unieron en su odio, y  
 setecientos señores, mil doscientos caballeros,  
 tres mil soldados de á caballo y quince mil de  
 á pie se dirigieron contra ella. No se desarmó  
 Berna; se reducida á sus propias fuerzas.  
 Los señores tomaron las armas lo mismo que los  
 señores, y á su cabeza se puso el caballero Ro-  
 bertus de Herbach, después de haberte jurado  
 fidelidad... para solo con la  
 victoria... Reunidos,  
 con las fuerzas y las pocas subsidios que  
 suministraron los cantones suizos, se dirigió á il-  
 lusera y Lucerna, ciudad sitiada, y ganó una  
 famosa batalla, después de la cual Berna entró  
 en la liga, y muy luego se puso á la cabeza del  
 mayor y mas poderoso canton de Suiza, el cual  
 podría decirse epitoma las gentes y los climas  
 de la confederacion, desde los austeros valles del  
 Grimselwald y del Lauterbrunnen, hasta las  
 arcádicas delicias del Oberland. De este modo  
 la Confederacion Suiza llegó á contar ocho can-  
 tones, número en que se mantuvo por espacio  
 de ciento veinticinco años.  
 Alberto II pretendia que Zug y Glaris renun-  
 ciaran á la alianza con los cantones silvestres,  
 y Carlos IV. cometió el error de preten-  
 der, después de haberse comprometido á ello,  
 que renunciaran tambien, que acceder á  
 sus deseos, que dio á los cantones por espacio  
 de... años una paz tan completa, que  
 solo... los suizos en este tiempo.  
 Como podian estos reunirse á las ciudades  
 de guerra, con las cuales tenian comunidad de  
 intereses; pero los cantones demo-  
 cráticos tenian celos de las ciudades y estas de  
 aquellos, por lo cual se mantuvieron aislados, y  
 cuando cincuenta y una ciudades rhinianas de  
 Suabia y Franconia trataron de confederarse, los  
 cuatro cantones no admitieron la Confede-  
 racion, diciendo: « Para la independencia basta  
 nuestro brazo y la ayuda de Dios. » Interior-  
 mente tambien las ciudades movieron guerra á  
 los campos y los campesinos á los señores, que-  
 riendo verse libres, no solo de este ó de aquel  
 señor, sino de todos ellos. Los señores de Ki-  
 burg, aunque despojados por los Habsburgueses,  
 reservaban algunas posesiones disputadas por  
 la ciudad de Solothurn. Rodolfo de Kiburg, que  
 había vuelto de sus guerras aventureras en

1352.  
 1353.  
 1358.  
 Guerra de Kiburg.